



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

10 de enero de 1891

Núm. 167



EL ACUARIO

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA



Año 1891.

Veremos qué tal serán los 365 días que pasaremos fechando con los tales guarismos.

A mí me parece un año que habrá de ser muy insípido. No sé por qué, pero me lo da el corazón.

Presumo que será muy poco lo que tengamos que admirar.

Esos años acabados en *uno* no han dado mucho de sí en esta centuria.

En 1801 España estaba amodorrada: no ocurrió nada de particular.

En 1811, en plena guerra de la Independencia, tuvo efecto el asalto de Tarragona.

En 1821 gobernaban los constitucionales, no tan bien como era de esperar.

En 1831 estaba en las postrimerías el régimen absoluto, comenzándose á respirar un tanto.

En 1841 gobernaban los progresistas, con grandes jaranas cada día.

En 1851 gobernaban los moderados, muy *reaccionariamente*.

En 1861 gobernaban los unionistas, en paz y gracia de Dios.

En 1871 reinaba D. Amadeo y comenzaba á relampaguear la guerra civil.

En 1881 gobernaba Cánovas: hacíanse grandes negocios en la Bolsa.

En 1891 gobierna también Cánovas, pero en la Bolsa se hacen poquísimos negocios.

En que habrá mucha miseria no cabe duda, pues no hay nadie que no pueda asegurarlo con tanta razón como aseguraba el gallego que habría *palus*.

Sin ser profeta puede desde ahora pronosticarse que se estrenarán con éxito piramidal algunos dramas de D. José Echegaray, aunque el anuncio de los mismos dure poco en los carteles.

Aumentará la lista de los periódicos... *shocking*.

Idem la criminalidad. (Únicamente disminuye en Inglaterra, donde la soberana ha abdicado de hecho la gracia de indulto.)

Se dirán pestes de Kock.

Se recontrarreformará el uniforme del ejército.

Ayuntamiento de Madrid

Se estrenarán 1,574 piececillas flamencas para mayor cultura del país.

Se continuará escribiendo *bajo la base, tener lugar, ocuparse de y acaparador*.

Perderemos... algo (como de costumbre).



Carretero de Birmania

Las vacaciones empezarán en 1.º de noviembre, no volviéndose á clase hasta el 15 de enero.

No se hablará más del *Peral* ni del inventor del submarino.

Se darán por descubiertos los remedios contra la difteria y contra los lamparones, á condición de resultar grilla á las tres semanas.

Se apagarán varias *estrellas* de teatro.

En las Cortes se hablará por los codos, las rodillas y los talones (*logorrea*).

Será inútil que los maestros piensen en cobrar.

Se publicarán infinidad de novelas, artículos y biografías de D.^a Emilia Pardo Bazán.

Seguirá la peste del *ateneismo*, del *reporterismo* y del *hiperbolicismo*.

El bombo será declarado institución fundamental.

El público, bonachón y asnal, continuará creyendo que no disparata el autor aquel que hace decir á un coronel austriaco del tiempo de Felipe V: — *Yo estuve en Austerlitz*.

Se quemará algo como el Alcázar de Sevilla, ó el Escorial, ó el Archivo de Simancas, etc., etc.

¡Quién sabe si no harán académico *de la Española* al señor vizconde de Campo Grande!

En fin, el mal, el desconcierto, la farsa, la inmoralidad, la chabacanería, irán en aumento por doquier.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

EL PERDON

(Conclusión)

Durante más de veinte años no perdonó ocasión para escribir á su padre. Sin embargo, todas sus cartas le eran devueltas, llevando en el sobre la indicación *Rehusada*. Pintor de talento y de grande originalidad, formóse pronto un público de admiradores que no le escasearon sus aplausos, abriéndole la senda de gloria y honores que tanto había ambicionado en su juventud.

A cada nuevo honor que Pablo conseguía, negábase su padre á admitir el más simple parabién.

—No, yo no tengo hijo alguno,—solía exclamar;—á la vuelta de la romería, un día de Pascua, me faltó gravemente ante mis convecinos. Cuando delante de todos me haya pedido perdón de su ofensa, le recordaré entre los vivos: entretanto, no.

Pablo, sin embargo, seguía negándose á la obediencia. Sufría horriblemente, pero su orgullo se rebelaba á lo que él consideraba como ridícula imposición de su padre. Le escribía, sí, cartas muy tiernas y llenas de sumisión; pero estas cartas le eran devueltas como cuantas dirigía al viejo Durán.

Un día, al fin, recibió noticias de su país. Su padre había muerto repentinamente, y, como que en su testamento prohibía que su hijo le acompañase al

Ayuntamiento de Madrid



La oración á Santa Claus
Ayuntamiento de Madrid

postrer descanso, el cura del lugar se limitó á participarle su fallecimiento algunos días después de haberse efectuado el sepelio.

Desde entonces los años pasaron fatigosamente para el grande artista. Llegado á la cúspide de la gloria y de la fortuna, pasaba á los ojos del mundo por el más feliz y venturoso de los mortales, y, sin embargo, en lo más hondo de su ser llevaba oculta una de esas mortales heridas que la sociedad ignora siempre, y las cuales, lejos de cerrarse, se dilatan más y más con los años, acabando por hacerse incurables cuando la nieve de los cabellos apagan todo entusiasmo y todo calor.

El solo afecto que le hacía llevadera la vida era su hijo Antonio; criado como una exquisita flor entre cristales y educado en uno de los mejores colegios de la capital.

Dotado de feliz inteligencia y grande intención, acabó Antonio el bachillerato, obteniendo honoríficas notas que llenaron de orgullo al bondadoso padre, el cual, abrazando efusivamente á su hijo,

—¡Gracias á Dios,—le dijo,—que se han acabado tus estudios! Ahora los dos siempre juntitos: tú á mi lado y yo enseñándote lo poco que sé.

—¡Pintor yo!—repuso Antonio con disgusto.—¡Yo artista! No, padre: tengo más noble y levantada ambición.

Pablo palideció, y, con el asombro con que su padre se lo preguntara á él un día, le preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Que la pintura no llena mis ambiciones: yo deseo ser marino.

—¡Marino!

—Sí: una carrera muy brillante. Padre, tengo ambición.

—¡Lo que tienes tú,—repuso Pablo con energía,—es un alma muy perversa, un corazón muy ruin! ¡Ingrato! ¡Quieres dejarme! ¡Así pagas mi cariño! ¡Así correspondeste á mi bondad! ¡No, no serás marino! ¡Mi consentimiento ni te lo otorgo ni jamás te lo he de otorgar!

Tan resuelta negativa ocasionó un serio altercado entre Pablo y su hijo. Como un día de triste é inolvidable memoria, la autoridad paterna quedaba vergonzosamente postergada por irreverente osadía filial. Al término de ella, delirante y fuera de sí,

—¡Viejo loco!—gritó Antonio encarándose con Pablo Durán.

Pablo se irguió para castigar la osadía de su hijo y echarlo inmediatamente á la calle; pero de pronto se detuvo: un recuerdo dolorosísimo recrudeció en su memoria, arrancándole ardorosas lágrimas que silenciosas corrieron por su desemblantado rostro. Con voz débil y apagada,

—Prepara tu maleta,—dijo á Antonio;—dentro de una hora los dos tomaremos el tren.

.....
Es el día de Pascua de Resurrección.

Aunque un tanto olvidadas las tradiciones, los vecinos de la Umbrosa ce-

lebran con gran algazara la romería anual. En la plazoleta contigua á la ermita se hallan establecidos los puestos de venta que dan á la fiesta carácter y color local. Varias parejas danzan alegremente, sin preocuparse por defenderse de los abrasadores rayos que despide el sol. Por entre los grupos de aldeanos circula un hombre anciano acompañado de un joven casi adolescente. Algunos se fijan detenidamente en el rostro del viejo cual si quisieran descubrir en él los rasgos de una fisonomía conocida; pero su gravedad les impone y nadie se atreve á dirigirle la palabra. Cuando al declinar la tarde los vecinos regresaron á sus hogares, aquellos desconocidos subieron á un elegante carruaje que al efecto les esperaba, encaminándose al cementerio del lugar.

Algunos grupos tomaron la misma dirección.

Al llegar al cementerio, padre é hijo apeáronse del carruaje, entrando, precedidos de algunos curiosos, en aquel lugar de reposo.

El anciano buscó entre las tumbas la de Antonio Durán, y al encontrarla postróse humildemente ante ella orando unos instantes con verdadero fervor. Luego se levantó, y, encarándose con el grupo que le contemplaba con mudo y creciente asombro,

—Yo soy Pablo Durán,—exclamó.—Un día, ante vosotros, ofendí gravemente á mi padre: hoy, ante su tumba y á presencia vuestra, vengo á implorar su perdón. Sólo obteniéndolo tendré la debida autoridad para exigir respeto y obediencia á este que es mi hijo.

Una emoción indescriptible asomó á los rostros de aquellos buenos vecinos.

Antonio, á su vez, inclinó la frente y, arrodillándose á los pies de su padre, —¡Perdón!—exclamó.

Este edificante ejemplo de sumisión y humildad filial impresionó grandemente á los vecinos de la Umbrosa, que guardaron de él recuerdo tan indeleble que es fácil se trasmita de una á otra generación.

BENJAMÍN



Ayuntamiento de Madrid



UNA NIÑERA DE AFICIÓN
Ayuntamiento de Madrid



EL LORO NÁUFRAGO

En uno de los vapores que hacen la travesía de Gibraltar á Escocia, verificaba su viaje de regreso M. Forbes, acaudalado lord que, al retornar de una curiosa expedición á las Indias, habíase detenido á visitar también aquella inexpugnable fortaleza basada sobre el peñón del mismo nombre y que, adelantada sobre el Mediterráneo, aun aparece ante nuestra vista cual cisne monstruoso que cantase la perenne afrenta de un pueblo inulto.

Excéntrico á fuer de hijo legítimo de la nebulosa Albión, formaba las delicias de nuestro personaje, y casi puede decirse que su sociedad única, un famoso loro adquirido á fabuloso precio en uno de los mercados más célebres de aquellos tórridos climas que el comprador acababa de recorrer.

Cuéntase que el matizado y parlero volátil, era, en efecto, una verdadera alhaja, capaz de sorber el seso, por su oportuna y discreta cháchara, no solamente á la más remilgada y pudibunda cotorra, sino hasta al más grave y sesudo par inglés.

Nada, pues, de extraordinario tiene que entre ambos próceres (el loro en u clase también lo era) se desarrollase un *trato* de creciente intimidad, una gran comunidad de afectos, y, sobre todo y como consecuencia, una progresiva y verdadera pasión hacia el animal por parte de su cada vez más satisfecho y *enlorizado* poseedor.

Ambos tomaban el chocolate juntos en el mismo camarote, siendo de oír los diálogos que se entablaban entre los dos interlocutores, y de ver la acompañada parsimonia con que, tratando de imitar á su dueño, tomaba el loro entre las garras de su pata derecha, sumergía en la jícara y llevaba al pico los pedacitos de pan tostado, alternados con bizcochos previamente colocados á su alcance, con singular esmero, por el apasionado inglés.

Ambos paseaban juntos sobre cubierta, sirviendo el amo de vehículo al animal, que, posado generalmente en la blonda y rizada cabellera de aquél, y alguna que otra vez en sus hombros, pasábase la mayor parte del día, sin que hubiera almuerzo ni comida en que tan indisoluble sociedad no fuese objeto de chispeantes comentarios, más ó menos discretos, por parte de muchos de los comensales que á la mesa del vapor se sentaban; pero el inglés, que había recibido crueles desengaños en individuos muy íntimos de su familia, y que precisamente para ahuyentar recuerdos tales verificaba tan larga navegación, todo lo escuchaba con estoica filosofía y calma verdaderamente alemana, más que no del país donde vió la luz primera; limitándose invariablemente á contestar de vez en cuando, á ciertas impertinentes preguntas, con las siguientes palabras ú otras equivalentes en su idioma:

—El hombre no puede vivir sin sociedad, pero los hombres suelen ser fieras y este loro no lo es. Me dispensa, pues, un gran favor con su sociable compañía, y por eso no lo abandono jamás.

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

—*Is it true?*—añadía mirando al loro, que durante las comidas permanecía posado en el hombro derecho de su dueño.

—*Yes*,—contestaba el loro, con la misma ó mayor propiedad que pudiera haberlo hecho la persona de más cabal juicio, sobre todo si la lengua de Shakespeare ignoraba.

Tan acostumbrado al referido género de vida se hallaba nuestro loro, ó mejor diríamos el loro de M. Forbes, que en las ocasiones en que éste se lo quitaba de encima para colocarlo sobre la borda del buque, ó sobre algún mueble, y entablar con él conversación frente á frente, faltaba tiempo al ave para dar un revuelo é ir á ocupar su sitio habitual sobre la cabeza del inglés no bien comprendía que el mismo había puesto fin al diálogo.

El término del viaje se acercaba, cuando, al llegar á pocas millas de las Hébridas, una furiosa tempestad que de improviso se desencadenara hizo temer por la suerte del barco, que no tardó en hacer agua, siendo insuficientes los esfuerzos de los tripulantes y el trabajo de las bombas.

Comprendiendo el capitán toda la gravedad de la situación, que por momentos se empeoraba, y después de botado al mar, aunque sin el deseado éxito, el equipaje, mandó soltar los botes, disponer las balsas, desarbolar los mástiles; dirigió por sí mismo el salvamento de las personas que pudieron embarcar; dejó al resto de la tripulación entregado á su suerte después de recomendarle valor, serenidad y que se abrazase á los palos; tomó, en fin, cuantas disposiciones permite un caso de tal naturaleza y la pericia y el temple de un marino de corazón esforzado; y permaneció sobre cubierta dispuesto á ser el último que abandonara el vapor.

¡Cuál no sería su asombro al divisar á M. Forbes que, sin perder un ápice, en la apariencia al menos, de su imperturbable serenidad, hallábase al extremo de popa despojado de sus vestiduras, el cuerpo rodeado de un aparato salvavidas y con su imprescindible acompañante en la cabeza, dispuesto, también al parecer, á ser á su vez el último en entregarse al furor de las encrespadas ondas!

Así, en efecto, sucedió; y cuando las aguas, absorbiendo por completo en su seno voraz hasta el último punto del barco, privaron de su postrer apoyo al inglés, abandonóse éste á merced de ellas, sin más hacer que los indispensables movimientos natatorios y llevando siempre sobre la cabeza su inseparable compañero, que, instintiva y nerviosamente, hacía cada vez más firme presa en los espesos rizos de su amo.

Las hospitalarias indicadas costas fueron el paradero de lord y loro, que llegaron en el estado fácil de comprender después de diez mortales horas de lucha con los elementos y durante las cuales el valeroso inglés no había dejado de gritar:—*Schipwreck, schipwreck!* (—¡Naufragio, naufragio!), y el loro de repetir:—*Schipwreck, schipwreck!* Pero no bien que M. Forbes halló pie sobre la arena y se incorporó para marchar por los suyos y sobre la misma á ganar la tierra firme, cuando la reacción que llevó á sus agitados miembros

la idea de hallarse á salvo fué causa de que las fuerzas todas le abandonaran y cayera otra vez dentro del agua desvanecido é inerte. En aquel mismo instante, haciendo un último y supremo esfuerzo el loro, que, por razón de su remojado plumaje y la natural contracción del susto, apenas si conservaba la facultad de hender el espacio, se desprendió de la cabeza de su amo y, aunque con vuelo torpe, ganó la orilla, una vez más repitiendo:

—*Schipwreck, schipwreck!*

Esta voz y el ruido que el cuerpo del inglés produjo al desplomarse sobre el agua, llamaron la atención de unos pescadores que á distancia próxima hallábanse almorzando tranquilamente sobre la playa; los cuales se dirigieron *incontinenti* al lugar en que, serena ya la superficie del Ponto por haber pasado con mucho la tempestad, ofrecían las aguas, en sus elásticos y progresivos círculos, evidentes señales de reciente alteración.

Pronto dieron los honrados pescadores con el naufrago y accidentado lord que fué conducido en brazos de aquéllos á la playa, secado con las camisas de los mismos y reanimado merced á generales friegas por todo el cuerpo. Pero tan pronto como recobró el sentido se dió cuenta de su situación y sus ojos se fijaron en el aterido animal, que á pocos pasos, inmóvil y contraído, parecía contemplar la escena. Lanzando un grito de sincera alegría, corrió hacia el loro, lo tomó en sus manos, abrigólo contra su seno con la más tierna solicitud, y exclamó con el más profundo acento de convicción y de cariño:

—¡Dios me es testigo de que por ti tan sólo me aterraba perecer!

MIGUEL DE LABADÍA

NUESTROS GRABADOS

EL ACUARIO

Un acuario es siempre un lugar lleno de aliciente y que produce una impresión muy singular. Digo esto por lo que he experimentado al visitar el que tenemos en el Parque de Barcelona, muy bien dispuesto por cierto, aunque poco *poblado* todavía.

CARRETERO DE BIRMANIA

Son los pueblos asiáticos eminentemente agricultores, y con eso dotados de exquisito sentimiento artístico. Así se ve que una simple carreta es motivo allí para darle cierto carácter de belleza.

LA ORACIÓN Á SANTA CLAUS

Existe en Inglaterra una piadosa costumbre que consiste en colgar una media junto á la cabecera de la cama, esperando que á lo mejor salga de ella un angelito enviado por *Santa Claus* para dar buenos consejos á los niños, y al propio tiempo para obsequiarles con algún regalito. Como se ve, la costum-

Ayuntamiento de Madrid

bre que decimos se parece bastante á lo que se atribuye aquí á los Santos Reyes Magos.

UNA NIÑERA... DE AFICIÓN

No ha cargado con poco trabajo la pobrecita niña con sostener en los brazos á una *criaturita* y arrastrar el cochecito en que va otra. Tales aficiones son dignas de tenerse en cuenta, indicando que con el tiempo será esa arrapieza una excelente mamá.

CUIDADOS FRATERNALES

Tierna escena es la que ofrece ese cuadro de amor fraternal. El mayorcito cuida de mecer la cuna en que duerme el chiquitín, reemplazando así á su pobre madre, alejada del hogar por la imperiosa necesidad de procurar el sustento á su idolatrada prole.

PARTIDA DE CRICKET

Trátase de un episodio de este famoso juego, que tiende ya á aclimatarse en el continente, con gran beneficio del desarrollo corporal.



PENSAMIENTOS

Pocos gastos serán más fecundos en verdaderos bienes que los que se hagan con el objeto de educar al pueblo.

M. MONTT

La instrucción primaria es aquella que sirve de principio indispensable á todas las otras: es la base de todos los conocimientos que el hombre puede adquirir, el origen de todas las ciencias.

V. AMUNÁTEGUI

El objeto más importante, por su trascendencia, sobre la suerte de la república, sobre la educación intelectual y moral del pueblo, es la instrucción primaria.

D. PORTALES

La enseñanza primaria es el germen de todos los progresos sociales, sin el cual todos los otros elementos de civilización se hacen ilusorios y tal vez perniciosos.

J. TOCOTNAL



CUENTOS RUSOS

MARIA MOREWNA

EN un reino que no se dice dónde estaba situado, había un príncipe llamado Ivan que tenía tres hijas, llamadas la primera María, la segunda Olga, y la tercera Ana. Antes de partir sus padres de este mundo, llamaron á su hijo Ivan y le dijeron:

—Darás tus hermanas en matrimonio á los primeros pretendientes que las soliciten, sin tratar de retenerlas siempre á tu lado.

Muertos ya sus padres, Ivan dispuso su entierro y funerales, y luego, para distraerse algún tanto, fué á pasear con sus hermanas por el jardín. De pronto apareció una inmensa nube negra que entoldó completamente el cielo, y estalló una tempestad horrorosa.

—Volvámonos á casa, hermanas,—dijo Ivan.

Apenas hubieron entrado en el palacio, cuando retumbó un espantoso trueno, abrióse el techo del aposento donde se hallaban las princesas, y penetró volando en él un brillante halcón, que al posarse en el suelo se convirtió en un apuesto príncipe y dijo:

—¡Héme aquí, príncipe Ivan!—Otro día vine á visitaros como huésped, pero hoy vengo como pretendiente á pedir la mano de María, vuestra hermana mayor.

—Si ella os acepta,—respondió Ivan,—no me opongo á vuestros deseos. Casaos en buen hora.

La princesa María consintió, en efecto, en otorgar su mano, y uniósese con el halcón, que se la llevó inmediatamente á su reino.

Yendo y viniendo meses, trascurrió desde entonces un año. Un día fueron el príncipe Ivan y sus dos hermanas solteras á pasear por el jardín, y, como la otra vez, estalló de súbito una fragorosa tormenta.

—Volvamos á casa, hermanas,—repitió el príncipe.

No bien se encontraron en su palacio, cuando al fragor de un gran trueno se abrió el techo, iluminóse la habitación con pavorosos fulgores, y entró en ella un águila que, al tocar el suelo, se trasformó en un gallardo mancebo, exclamando:

—Aquí estoy, príncipe Ivan. En otro tiempo fui tu huésped, mas ahora vengo á pedirte la mano de la princesa Olga.

—Si ella os la quiere otorgar,—repuso el príncipe,—no he de ser yo quien se oponga á vuestros deseos.

Accedió también la princesa Olga y unióse con el águila, que se la llevó á sus estados.

Trascurrió tras esto otro año, pasado el cual dijo un día el príncipe á su hermana menor:

—Vamos á dar un paseo por el jardín.

No hacía mucho rato que en él se hallaban, cuando de improviso se oscureció el aire y sobrevino una gran borrasca de agua y viento.

—Volvamos á casa,—hubo de repetir el príncipe.

En cuanto hubieron entrado en el palacio, oyóse un trueno, abrióse el techo y entró volando un cuervo, que al tocar el pavimento se trasformó en un bizarro doncel, más hermoso aún que los anteriores.

—Príncipe Ivan,—dijo;—no vengo hoy como huésped, sino á pedirlos la mano de la princesa Ana.

—Como ella os la dé,—respondió el príncipe,—contad que nadie os la ha de negar.

Y la princesa Ana se unió con el cuervo, que se la llevó á sus dominios.

Con esto quedó el príncipe Ivan enteramente solo, pasando un año entero sin ver á sus hermanas. Pero un día se le ocurrió ir á visitarlas, y, hechos los preparativos de viaje, montó á caballo y púsose en camino. Después de haber recorrido una grande extensión de terreno, encontróse un día en una llanura cubierta de cadáveres, y, horrorizado de ver tan triste espectáculo, exclamó:

—¿Quién puede haber exterminado á tan numeroso ejército?

Un herido que yacía tendido con los muertos se incorporó y dijo:

—Todos esos han sido muertos por la hermosa princesa María Morewna.

Ivan continuó la marcha hasta llegar ante una blanca tienda, de la cual salió á recibirle su propia hermana.

—Detente, príncipe,—le dijo ésta.—¿A dónde te conduce Dios? ¿Vienes por tu gusto ó contra tu voluntad?

—Vengo por mi gusto,—respondió el príncipe.

—Está bien,—repuso ella;—si no llevas prisa, entra á descansar en mi tienda.

Tanto le agradó á Ivan el ofrecimiento, que pasó en la tienda dos noches; y notando que gustaba mucho á María Morewna, casóse con ella, acompañándola luego á sus estados.

Allí pasaron algún tiempo juntos, hasta que María se empeñó en ir á una guerra. Antes de partir confió todos sus negocios á Ivan, diciéndole al despedirse de él:

—Ve á donde te acomode, pero no entres jamás en ese aposento.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. Ancha de San Bernardo, 38, principal. IMPRIMID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 265 á 371.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid